

OTROS TIEMPOS

José García Vico

Siguiendo los consejos del ilustre escritor Elías Canetti, 'de que las cosas hay que contarlas a golpe de puro impulso del momento, sin la pretensión de rigor y orden que suelen tener las vidas escritas,' voy a recordar ahora a los viejos de entonces, que posiblemente serían más jóvenes que el que escribe, por aquello de la longevidad en estos tiempos, charlando en los poyos de Ursulica, en los de la plaza, o en el rincón de la iglesia, sobre la guerra de Cuba; del general Weyler; de la de Marruecos: Barranco del Lobo, el Gurugú y del general Pintos. Del Desastre de Annual y del general Silvestre. De Joselito y Belmonte. De 'El Pernalés' y 'Vivillo', dos bandoleros famosos. De Anarrito y del Portugués, complicados en el robo a la familia Herranz, cuyo suceso impresionó tanto a nuestros mayores. Del año quince, tan espléndido en cosechas y precios y de la Dictadura de Primo de Rivera. De la muerte de 'Marcorretrato,' arroyado por el tren en los Romerales y del accidente de automóvil (Un Ford de pedales) que le costó la vida a un vendedor ambulante en la misma curva en que murió Juan Chispas, y por último, para no extendernos demasiado, la guerra del catorce y el enfado del anciano Lindón, con unos zagales mal educados, que tiraban piedras al árbol de los poyos del barranco para comer 'pan de pastor' gritándoles: ¡Que ignominia!

La climatología en aquella época era más estable, en la que cada estación se distinguía de las otras, al contrario de lo que ahora sucede, que lo mismo nieva en verano que hace calor en invierno... y la primavera y el otoño eran estaciones de transición, recordando ahora los fríos inviernos en los que la nieve nos acompañaba, dejándonos aislados del resto del mundo, pues el cordón umbilical que nos unía al ferrocarril, era intransitable para toda clase de vehículos rodados, teniendo que recurrir cuando el temporal amainaba, a enviar un propio a la estación para recoger la correspondencia y la prensa cuya falta de vehículos rodados, teniendo que recurrir cuando el temporal amainaba, a enviar un propio a la estación para recoger la correspondencia y la prensa cuya falta agudizaba aún más la situación, porque acostumbrados a ella, nos parecía imposible vivir sin las noticias del exterior, que devorábamos aunque fuera atrasada, animándose la tertulia alrededor de la mesa camilla y haciendo menos duro el asiento y la flexión de las piernas, dándole mil y una 'firma' al brasero.

Cuando éramos pequeños, gozábamos mucho con los copos de nieve, viéndolos caer lentamente, como si fuera algodón tanto en la calle como en los patios, adonde solíamos poner cepos para coger gorriones, sintiendo cuando lo recuerdo, cierto malestar por la acción. También solíamos hacer helado... o muñecos, o entablar batallas a bola limpia. A patinar y, a empeorar los sabañones que por la noche picaban de lo lindo a pesar de la tintura de yodo aplicada con un pincel, protegiéndonos las manos con guantes de lana cuando íbamos a la escuela y con largas bufandas liadas al cuello (pescuezo) Las botas de piel de becerro con las suelas lisas, muy lisas, las mejores para romperse la crisma, y los catarros (pasmos) al orden del día, combatidos muchos con ‘vapores’ que hacían sudar la gota gorda... También oíamos en la cama: ¡Y van calientes! Los tallos que elaboraba Antonia ¿la sorda? vendidos en la calle.

Los veranos era mucho más llevaderos aunque en el ‘hueco’ del día hiciera calor y las moscas impertinentes trataran de molestarnos a pesar de las cortinas, persianas y mosqueros... y las puertas entornadas para que no entrara la flama, aliviando la temperatura el agua fresca de las jarras colgadas en el portal y los pitones. ¡Niño, no mames del botijo! También el agua recién traída de la fuente de abajo con la que se hacían los gazpachos de ‘lavativa’ antes de su aparición por aquellas latitudes el ‘andaluz’ de hoy, el de mortero.

Las comidas se aligeraban con pimientos y tomates, papas, y migas con pimientos o melón y, la célebre pipirrana, porque con los calores, apetecía ‘cosas frescas’, que se guardaban en la cantina donde la había o en una ventana ‘ventilada’ o, debajo de los cántaros, en la cantarera, oyendo más de una vez a las madres: Fulanito, bebe la leche fresca que te he dejado en la cantarera.

La fruta de verano se anunciaba con las peras sanjuaneras y con los albarillos por el tío Silvestre de La Moraleda, y la miel de ‘caldera o caña’, por mieleros de Motril, contenida en pellejos sobre un burro, escanciando ésta por el pico del citado pellejo que recordaba a una teta chuchurría, Después, vendrían los melones y sandías. Aquellos, con más olor que dulce y la segundas, espectaculares, con su atractiva carne roja que devorábamos a dentelladas en sus ‘medias lunas’, cuyos extremos llegaban hasta las orejas. Además de las refrescantes frutas, consumíamos la harina de cebada tostada con cáscara de avellana que el vendedor anunciaba para los refrescos; la horchata de almendras; los jarabes con sifón y las gaseosas de bola de Salustiano.

En el verano, era costumbre sentarse al fresco en las puertas de las casas como hasta hace poco lo hacían en Priego, charlando de mil cosas y saludando a los que pasaban camino de la Virgen a beber agua. A veces iban en grupos, muy animados, con los novios a retaguardia. A mí me temblaban las piernas hasta perder el paso cuando iba solo y tenía que pasar ante aquellas reuniones. Algunas noches, los hermanos Pardo: Maria, Cayetano y Pepe, organizaban un concierto que se escapaba por la ventana del comedor abierta, alegrándonos la velada, interrumpida a las once por el silbato del sereno: El Rorro o Caparranas, anunciando la ronda nocturna, que a las doce lo harían con la voz y jaculatoria de ‘Ave María Purísima’, seguida del tiempo que hacía: sereno, nublado y lloviendo, y que

cuando niños nos aterrizaraban en las noches invernales, tapándonos la cabeza para no oírlos y mucho más, si a la moza de turno se le ocurría contarnos un cuento de aparecidos... antes de irnos a la cama. Y si de noche los vigilantes nocturnos aseguraban nuestros sueños envueltos en sus capotes y pica en mano, los guardias municipales con Don Laureano al frente, garantizaban el orden urbano; el 'enterraor' comunicaba los edictos municipales al vecindario y las pérdidas de objetos, gratificando al quienes los encontrasen, o lo que es lo mismo, se les pagaría el 'hallajo'.

La vida cotidiana en aquellos tiempos, giraba alrededor del hogar y de lo que sucedía en la calle, encargándose de lo primero las mujeres, las amas de casa y las 'mozas'. Estas, con la escoba, badil, cubeta y fregón, cuando no limpiaban los cristales acompañadas de canciones de moda: *Mi jaca, Rocio, ¡Ay Maricruz!* o las originales del pueblo, que aludían al cerrraje a Monoso, a Capilla con el faról, a la Julia (que soy Manolo que soy Andrés) al bigote de Carrasco, si se lo afeitaba o no; a 'como corre, corre, el tranvía por la vía...' y otras que posiblemente estén en la memoria de todos.

La calle por las mañanas era alegre, desde el anuncio de los tallos hasta los vendedores ambulantes: lecheros, hortelanos, pescaderos, afiladores con 'armónica', lañadores con su artilugio, paragueros, hojalateros, pedigüños, chinitos con molinetes y abanicos; romanceros con el crimen del niño de Gádor... y otros más que llenaban la calle de voces (no todos el mismo día) naturalmente. Oyéndose alguna vez en el silencio, a los niños cantar en las escuelas la tabla de multiplicar... También las mozas traían de la fuente noticias diversas. Era un lugar muy a propósito para divulgar sucesos como el de las hijas del 'Realillo,' peladas al cero por su padre por cortarse el pelo a lo 'garsón.' O, de la que se fue anoche con el novio; y de la 'pelea' de dos enamorados por una dama. Fue el caso de Paquito Pardo y Antonio Medina, por María Pardo Fernández.

Las tardes eran menos animadas que las mañanas, pero a partir del toque para la novena, se animaba el ambiente con las mujeres camino de la iglesia tocadas de velo, reuniéndonos los jóvenes en la plaza de arriba junto a la baranda, para comentar las noticias de los periódicos y de nuestra Sociedad, pues en aquel tiempo, éramos todavía niños para 'ligar' en las tabernas conformándonos con escuchar los tangos de Celia Gamez: 'Mamita', 'Mi caballo murió' o la 'Bella penitente', en el gramófono del bar de Paco Caro, fuera del establecimiento y las serenatas en el lecho, menos frecuentes que años después, cuando Isidoro Bacas y su acordeón, acompañado de Pepe Suelas y Melchor o Miguel Carrillotes, nos endulzaban las madrugadas como antes lo hicieron Pepe Pardo o Enrique García con el violín; Cristóbal el barbero o Cayetano con la flauta; Rarra con el saxo y Claudio con el clarinete, que invitaban a soñar despiertos a los que desde la cama oíamos sus melodías; a pensar en nuestra Dulcinea real o, imaginada como la de Don Quijote.

La administración de los Santos Olios (Santolio) a los enfermos graves era corriente, sumándonos alguna vez al Viático, que bajo palio caminaba al domicilio del necesitado, al son de las campanillas que sonaban de una forma especial el 'tilín, filón.' También, siguiendo en el tema religioso, era frecuente ver en el anochecer o más tarde, a las 'urnas'

circular con imágenes de san José, la Milagrosa o san Antonio, que eran llevadas de una casa a otra para su veneración con rezos y luces (mariposas, velas).

La primera noticia que tuve de la bárbara costumbre de los cencerrajes que se practicaba en Cabra y en otros pueblos, fue en un carnaval de borroso recuerdo, cuando Antonio Vera y sus amigos formaron una comparsa con música y canciones entre la que figuraba la alusiva al cencerraje a Monoso, pues era intolerable en aquellos tiempos que una pobre viuda se volviera a casar, organizando un grupo de energúmenos, un sonoro escándalo con cencerros, latas, y con todo aquello que armara ruido, citándose en un lugar determinado para dirigirse después a la casa de los contrayentes gritando en todo el trayecto la cantinela de:

¿Quién se casa? Preguntaba el energúmeno mayor

¡Zutano! Respondía la masa

¿Con quién? *¡ Con Fulana!* Volvían a responder

¿Qué lleva delante? *Una guindilla picante*

¿Y detrás? *Siete hijos pidiéndole pan.*

Os imagináis amigos, a *¡ siete niños!* uno tras otro, pidiéndole pan a su madre: *¡mama, pan!* *¡mama, pan!* *¡mama, pan!* así hasta siete... *¡ Insufrible!*

La popular canción que también se cantaba en la ruedas de las mozuelas en aquellos días, perduró durante varios años en la voz de las mujeres que trabajaban en corro en las puertas de las casas y en la servidumbre a cada momento, con un sonsonete muy pegadizo, que más o menos decía así: 'No te cases con viuda, porque te darán un cencerraje tan grande como se lo dieron a Monoso'.

Y, ya que hemos hablado de la canción aunque haya sido por un tema desgraciado, vamos a seguir con ella, pues al desgajarse de la zarzuela en las postrimerías del siglo XIX y principios del XX, se convirtió en lo que después ha sido la copla, cuplé y canción propiamente dicha y, que en la opinión de algunos críticos, se la puede considerar como la historia sentimental de los pueblos o en un inventario de recuerdos ¿ pues quién al oír una canción o una melodía no se traslada con la mente al lugar y al momento que le hizo feliz? Lo mismo ocurre con los olores (esa memoria involuntaria...) pues por algún motivo se dice: Un perfume, un recuerdo. O un perfume, una mujer. Por eso, la mujer lo convierte en un arma más de su repertorio. Hay muy pocos mortales que sean capaces de resistir al embrujo, al poder de seducción que éste ejerce en el juego amoroso y fuera de él, por su gran poder evocador. Igual que el vestido o las pieles, le dan un toque de exquisitez y elegancia.

Con los olores, nos hemos desviado de las canciones que tantos recuerdos nos traen, como aquella primera que me parece haber oído cuando era muy 'pequeñín' al pasar frente a la posada del 'Borrego' de antiquísima... memoria: la Bejerana, en la persona de

Luisa la de Guillermo; una moza guapetona que vivía en la Feria, que se parecía a Queta Claver ...: La super vedette de las Revistas de los años cuarenta y cincuenta. También puede suceder que lo haya soñado., pero, de ser así, no le quita realismo al hecho, pues los sueños además de ser otra realidad, son también la otra mitad de la vida. Yo he vivido como todo el mundo, sueños, que los he incorporado a mi experiencia táctil, pues a veces se identifica de tal modo con la realidad, que no sabríamos distinguir entre una cosa y otra, dándonos la oportunidad de hablar y convivir con personas y cosas que ‘despiertos’ sería imposible. También dan la ocasión de enderezar entuertos y de dar satisfacciones.

La Bejerana, como otras canciones de la época que comentamos, eran sacadas de las zarzuelas y del género chico y, ahí están Las Espigadoras; La Lagarterana: La del Soto del Parral; La Montería; La chula madrileña; La Orgía Dorada (soldadito español...) La Parranda y tantas otras, que haciendo memoria, recordaremos enseguida, cuyas letras eran a veces sustituidas por otras, relacionadas con la actualidad social o política, verbigracia: ‘Abre Julia la puerta que soy...’ con la música de Lagarterana y, los sucesos de Jaca (Galán y García Hernández), con la de ‘Las tres de la madrugada’ por poner dos ejemplos.

Otras canciones que recuerdo eran las tituladas con los nombres de, Ven Cirila; ¡Ay Tomsa!; ¡Justicia señor alcalde! (un drama); la Java (la moda de París que ha llegado aquí...), A Paris va papá. ‘Las cosas de los cines van bastante mal...’, ‘Mamá yo quiero’; ‘Ramona’; Dorita; Mercedes; Ven madrecita ven..., Dónde estás corazón; Y todo a media luz; Tomo y obligo; Adiós muchachos; Carioca; Rumbo al Cairo; Charlestón; Zapatito de charol; Morucha; La ‘garsón’; Canta guitarra; Serranillo; Esta noche me emborracho; Banderita tu eres roja; ‘Al sonar de los tambores; Canta vagabundo; Negra consentida; Romances de reinas desgraciadas de España y Portugal: Juana, María de las Mercedes, Constanza) y, Adónde vas Alfonso XI 1. Adiós Granada; La Cruz de Guerra; Al Uruguay; ‘Trinchera’ (la prenda más sucia que visten los polloperas), Horchatera valenciana. Chiclanera, ‘Pajarillo, pajarillo’, Las tres de la madrugada y otros famosos tangos de Gardel que hicieron furor en la década de los veinte. Las canciones del gran tenor Miguel Fleta, y otras más, que interpretaron la Fornarina, Raquel Meller, Selica Pérez Carpio, Celia Gámez, y que tan bien han reproducido, Lilián de Celis, Olga Ramos y Marujita Diaz con el famoso charlestón, genuino representante de aquellos locos años . Y ya, en las postrimerías de la década y enlazando con los años treinta, vinieron otras, como fueron Los Campanilleros, María de la O, La hija de Juan Simón, Silencio en la noche; Habaneras y Milongas del Niño de Marchena. ‘Soy un pobre presidiario’ de Angelillo. Pasodobles toreros: Marcial, Manolito Bienvenida, Domingo Ortega, Victoriano de la Serna, Currito de la Cruz... Mi jaca; Maricruz, Rocío, ‘Soy de la raza calé’, de Estrellita Castro, que ya se oían en las gramolas con bocina (las máquinas cantaoras) y después, en la radio en los años republicanos: ¡Ay mama Inés! Casi todas ellas procedentes del cine. ‘Siglo veinte, cambalaches’, premonitorio de los tiempos que vivimos ahora mismo, no así el ¡Jala, jala! de Borrego y lo que cantaba el ‘tío del embudo’: ‘Soy el

capitán de Ronda, provincia de ¡JAEN!, el pueblo más bonito que España puede tener', con el que colaboré atrevidamente, imitándolo. ¡Una gloria...!

La Banda de música y los coros de zarzuela montados por la Sociedad Cultural de Amigos del Arte en nuestro inolvidable Salón Prin, en los que Emilia Gila actuó de aficionada vedette brillantemente, contribuyeron a popularizar las canciones como un medio más de difusión y, en esto estábamos, cuando se armó la 'marimorena' que duró tres años, dando al traste con casi todas las coplas, aunque algunas supervivieron como las cantadas por Estrellita, Angelillo y Miguel de Molina; éste, con 'Ojos verdes,' que luego en la paz, la bordaría la sin par tonadillera Conchita Piquér, a la que oímos por vez primera en la feria de Guadahortuna después de la guerra con la canción: 'No te mires en el río' y otra, que más o menos decía así: 'Érase un pueblecito muy lindo aquél a la orilla del mar...' Las coplas de Conchita y las más oídas de Imperio Argentina entonces, nos congregaron a las amigas y a los amigos 'flamantes', alrededor del piano de Don Manuel para cantarlas a coro, que todavía recordamos. Fueron días, momentos irrepetibles, después de tanto sufrimiento, de tan largo ayuno. Allí nacieron primeros amores en un ambiente cálido, grato.

Las canciones que privaban en aquellos largos días de euforia, eran las folclóricas, no así una muy de moda entonces, de otro estilo, que todavía se oye: 'Cara a cara', en la voz aguardientosa de Louis Armstrong, que un apuesto soldado canario interpretó en el piano de los Cerdá rodeado de niñas y, nosotros ¡en la calle! muertos de celos.

Corno colofón al capítulo dedicado a la copla, lo haremos con la de la 'Peña de los pintones'. Una canción ideada para protestar ante nuestras amigas por el poco caso que nos hacían, deslumbradas tal vez por el recuerdo que les dejaron los insulares. Canción de artesanía, nacida en las tabernas al calor del vinillo que ingeríamos para ponemos a tono con las circunstancias: la de decirles a las bellas la admiración que por ellas sentíamos, consiguiendo al fin 'ablandar sus corazones'... y facilitar la presencia de Cupido mediante una comunicación más fluida y amistosa, recordando con este motivo, a nuestro querido amigo de toda la vida, Joaquín Cerdá, que fue el inspirador y el alma de aquella entrañable Peña, fallecido antes de tiempo, que tantos gozos nos dio.

Como sigo teniendo una memoria primitiva por recordar el pasado a salto de mata, ahora, a estas alturas, me acuerdo tardíamente, que también fui a la escuela muy en contra de mi gusto, pues dudo que hubiera un chiquillo mas perezoso y desaplicado que yo, hasta el punto de preferir purgarme con ricino o carabaña, antes de ir a la de Don Antonio Gámez, que alguna vez que otra, tenía necesidad de enviar en mi busca a dos mayores, que a fuerza viva, me llevaban arrastrando y dando gritos de protesta hasta meterme en ella, pasándolo mal, mientras mi madre sonreía al ver a la fierecilla 'domada'; pues en casa era un incordio y muy llorón, hasta el punto, que Doña Magdalena, la esposa del maestro y vecina nuestra, preguntaba en el silencio de aquellos tiempos a mi madre, 'que le ocurría a Pepe', mandando un 'cable' a Don Antonio, para que enviase a por aquel tabardillo y mi progenitora descansara unas horas. Y, es que el tiempo que fui a la 'guardería' de

la tía Rufinica (madre de Incomoda) en la calle Gíla, previo pago de una perra gorda o chica, acompañado de silla y moza, no me sirvió para nada, como tampoco la 'preescolar' de Femando Tablones, que armado de una larga pestuga y sin moverse de la mesa, nos acariciaba cuando alterábamos el orden. También nos enseñó a coger y pelar almendras de su cerro de San Juan.

En aquellos tiempos, la enseñanza estaba atendida por el citado Don Antonio en el Hospital de La Misericordia, y la de Don Gabriel, en el Ayuntamiento, ambos eran muy distintos en cuanto a carácter: El primero más enérgico, con su célebre frase de, 'tapón de albercas' para los duros de mollera, mientras Don Gabriel era zumbón, irónico, y más moderno. Las maestras, también llamadas 'maestras amigas' en recuerdo de una célebre maestra de Granada, eran Doña Matilde y Doña Carmen, ambas de grato recuerdo para las discípulas de todos los tiempos como en otra época lo fue para nuestras madres, la recordada Doña Concha. Más tarde, llegarían otros muy queridos, como Don Avelino, Don Manuel López, Don Manuel Herrera, Don Teófilo, Don Tomás, que dejaron huella a su paso por nuestro pueblo por su buen hacer.

El material escolar además de los libros: El Camarada, Lecciones de Cosas, Infancia y otros; estaba compuesto por lápices, plumas de pico de pato o de coronilla, los portabilibros y las carteras, ¡ah! y las pizarras con su pizarrín más las libretas y 'sacapuntes,' que ahora recordamos con cariño, pero que entonces constituían nuestro calvario., más para unos que para otros. Las niñas, además de sus libros, se acompañaban con el bastidor y la estufilla de carbón (ascuas), para calentarse los pies y con bufandas que casi les tapaban los ojos en los crudos días de invierno. Yo recuerdo haber usado medias negras en una sola ocasión, por romperlas por la rodilla sin darme cuenta con la tapadera de una lata de conserva, no volviendo a ponerme otras, no así algunos compañeros de escuela que las utilizaban normalmente, lo mismo que la 'bilbaina' (boina), que era 'capada' (cortar el rabito) por los grandullones a los que la estrenaban.

En 1.927 se cumplieron los 25 años de reinado de Don Alfonso XIII y recuerdo, cómo todos los niños de las escuelas salimos a la calle con banderitas nacionales de papel como en una procesión, mientras los alcaldes de toda España se reunían en Madrid, entre los que se encontraba el de Cabra, que entonces lo era mi tío Isaac Jerez.

Cambiando de tercio, como se dice en el argot taurino, vamos a tratar del aspecto laboral:

La clase artesanal de nuestro pueblo siempre brilló por su calidad y número, siendo la más representativa de Cabra, pues es increíble que en aquellos tiempos (los nuestros), hubiera tantos oficios: albañiles, carpinteros, sastres, zapateros, talabarteros, herreros, panaderos, hojalateros, lañadores, chocolateros, picapedreros, yeseros, caleros, tejeros, hortelanos, arrieros, carniceros, blanqueadores, horneros, esparteros, comerciantes varios, capacheros, mecánicos, pescaderos, confiteros, matarifes, barberos, churreros, jaboneros, corredores, podadores, recoveros, yunteros (Jaramas y Bernardinos), chóferes, relojeros,

marchantes, camioneros, carreteros, remitentes, modistas, costureras (Isabel, Marciana, Pacorras, Catalina- (Pedro Felix), Expectación, Toribio, Reyes, Curcullito, Gilas) ; Chapistas: (Montoro y Pantalones), lecheros, parteras, comadrona, bolleros, lavanderas, taberneros, camareros, sochantres... Músicos, procedentes de los oficios, cantera inagotable de la Banda Municipal, más los profesionales: Pepe Suelas y Melchor y quizá, el 'Musiquín' y el de la flauta de caña. En el cante flamenco, hubo en otra época uno que dicen lo hacía bien, llamado Clavel, ah! y Rosa la de Remedios, aficionada al cuplé en los tiempos que comentamos mientras hacía las faenas domésticas.

Absteniéndome de dar nombres de los que ejercían los oficios mencionados, por no alargar demasiado el escrito y considerar que están en la memoria de los que esto leyeren, aunque a título de ejemplo citaré algunos:

ALBAÑILES: Pedro Félix, Melchor, Crisóstomo, Pantaleón, Lindones, Galera, Sorroche, 'Manosgordas', 'Friagachas', 'Yoyos' y más.

TEJIDOS: Ortega, Celedonio, Carlos Olmedo, Pepe Fernandez, José Moya, Juan Moreno, Ismael, Gila, Palacios y Silverio en la Casa Grande al que llegamos a conocer, no así al famoso Paco Fuentes en la memoria de nuestros mayores.

CARPINTEROS: Los Cózar, Sebastián Vera, Chatos, Manuel Garzón, Segismundo, Cambil, 'Pacoliso', Pateta, Parrandeja, Chipilindanga...

CHOCOLATEROS: Juan Martín y Juan Fernández.

JABONEROS: Don Juan Fernández con 'Pupú' y José Moya.

Sin olvidamos de los estancos, el de 'arriba' y el de 'abajo,' o lo que es lo mismo, el de tío Cayetano y el de Agueda, en los que comprábamos los primeros 'mataquintos' que nos iniciaron en el vicio de fumar, que junto con el consejo de que nos afeitáramos a contrapelo y nos untáramos con tocino la cara para adelantar la salida de la barba, fueron 'fundamentales' para hacernos mayores... Todo un mundo en miniatura, hasta con 'inventores aéreos': 'Cascabeles', por ejemplo, que tras despedirse de la familia, pretendió volar en un cajón y dos plumas de ave a modo de alas, desde lo alto de una tapia, estrellándose. Vano empeño, pero... ¿y silo hubiera conseguido? Cabra hubiera cambiado.

En Cabra, a pesar de su numerosa artesanía incluida la espartera, estaba muy presente la agricultura, fuente de sus principales ingresos, hasta el punto, de casi todo giraba en torno suyo, notándose sobremano en su economía cuando las cosechas eran buenas o malas, circunstancia que vivíamos todos, por estar de una manera o de otra muy vinculados a los hechos y dichos de la vida rural, que por otro lado, veíamos y oíamos en nuestras andanzas por el Sitio, por la Quinta, por Llano 'Quesá,' por el 'Partior,' observando a los hortelanos preparar el 'hoyo' y cuidar 'la planta;' segar la mies en los ruedos y trillarla en las eras de San Sebastián y la Quinta, familiarizándonos con el agro, además del ambiente campero en nuestros hogares y en la calle, con los que iban o regresaban de sus hazas o suertes; andando o subidos en sus jumentos, cosas que los niños de la capital no veían ni sabían,

de ahí que los de los pueblos, estuviéramos más curtidos, más ‘hechos’ que aquellos, y que conociésemos a los animales de labor y de producción ganadera, sin necesidad de visitar granjas o explotaciones agrícolas como se hace ahora con los escolares, viniéndome a la memoria una ‘hazaña’ que protagonizamos Juan Ortega Caro y un servidor, cuando con seis o siete años, fuimos sin permiso de nadie, al segundo ventorrillo a visitar a su hermano Pepe, que lo amamantaba una buena señora que allí vivía. Una imprudencia increíble que los niños capitalinos pudieran cometer.

La industria en nuestro pueblo además de la chocolatera... era la derivada del campo agrícola y la del esparto, perteneciendo a la primera los molinos de harina y los del aceite, también llamados los segundos, almazaras, por utilizar una viga enorme para prensar la masa. Además de estos artilugios, existían dos fábricas, la de Pepe Vico y La Unión y una Orujera, de corta vida. Ambas industrias estaban ubicadas en la población, recordando los molinos de las Píchuelas, Gasparico, Miguel Rodríguez y Frasquito Medina. Por el contrario, los harineros, estaba instalados fuera del casco urbano excepto la Fábrica del Santo Cristo y la de Paco Fernández. Los otros eran, el de Matías; López, Molino Barranco e Ignacillo, cuya harina era transportada en largos costales a lomo pelado, por una recua de burros a las distintas tahonas del pueblo: ‘Niño Jesús,’ Ramón el Pollo, Pedro Avispa, Frasquito y alguien más. Los hornos morunos, los de las latas, también eran varios: Patavino, Maivieja, Dionisia, Frasquito, que supongo todos recordarán, con olores gratos a tortas, a repostería casera, a empanadas, a papas asadas, a leña de monte: aulagas, piornos... ¡ Una delicia! que el Marruecos rural tantas veces nos ha recordado, viendo a las niñas y a las mocitas camino de los hornos con las tablas sobre la cabeza o con latas cubiertas con paños a la cadera y al moro o mora, con la pala en ristre meter y sacar tandas de panes, tortas, dulces o bollería.

Dadas las malas comunicaciones que nuestro pueblo padecía, había muchos arrieros para sacar y entrar mercancías, hasta el punto de constituir por sí solos una de las dos cofradías del Santo Cristo, recordando ahora el sonido de los cencerros y la voz de los hombres y, el nombre de algunos de los paisanos que se dedicaban a éste importante oficio: Los Perichales (Frasquito, Juan y Pedro). Los Morene, Juan Castillo, Andrés el de Vitorina, Totovío, Patastuertas, Anabero, Basiliso, Marujos, Pablillo, Utropios, Rubiamando, Amador Gila y tantos más que ahora no recuerdo. Todos detrás de los cuadrúpedos, subidos en el último o, andando, con la vara metida en el ‘cinto’ por detrás, prestos a medirle los lomos al rucio que se descarriase..., a las bestias, con buenos aparejos y vistosos adornos de borlas rojas colgantes y, espejillos en el frontal del historiado bozal con antojeras, con dibujos de colores. Una filigrana de los artistas talabarteros.

Cuando mejoraron las comunicaciones... esto es, cuando se construyó la carretera de la estación, aparecieron los carros de varas, tirados por una reata de mulos con un borriquillo de guía, que hacían el servicio a la referida estación, con la ventaja de cargar más que las acémilas de los arrieros, viniéndonos a la memoria los de los Chaparros y Siete Cabezas, que siguieron funcionando después de la motorización del transporte con el coche ‘correo’ de escasa potencia, dedicado casi exclusivamente a viajeros, hasta que aparecieron otros

más potentes, mixtos, o de carga solamente. Ambos convivieron con los carros hasta antes de la guerra, me parece a mí.

No hemos citado el nombre de las posadas, la de San José, junto a la fuente de 'arriba', y la de Antonio Ramón en la calle Moya, en las que se alojaban los arrieros y demás visitantes, antes de disponer de la fonda de Contreras y de las 'auxiliares': las de Magdalena la de la Quinta y Chocolatillo, y en las fiestas de San Miguel, la de Juan Pedro Mariquita.

En el aspecto social, nuestro pueblo como tantos otros, estaba dividido en clases y en minoría las pudientes, pues no existía el latifundio propiamente dicho, abundando las clases medias, en las que incluimos a los artesanos, que en sus actividades varias, paliaron las carencias propias de la época de las gentes humildes.

Los gitanos también formaban parte de aquel mundo aunque no a gran escala, recordando a Luis, (figura de gitano puro), a Melchor, Catapún, Carmona, Juanillo, Carolina, Chata, La Cortijera y, una garbosa y guapa gitana rubia que quedó viuda en una reyerta ¡como no! de su marido con otros de su raza, y algunas más como en toda tierra de garbanzos.

Las fuerzas vivas estaban representadas por las autoridades de turno, por los profesionales, por la curia, por los empresarios y por todas las personas influyentes en la vida y desarrollo de la localidad, recordando entre las profesiones de aquel tiempo, a los médicos, Don José Pardo y Don Joaquín Jiménez (ambos con voz grave). A los veterinarios, Don José Vera y Don Manuel Luengo y, a los maestros y maestras de escuela, Don Antonio Gamez, Don Gabriel Adarve, Doña Matilde y Doña Carmen y, más tarde, a otros que ya hemos citado más arriba. Lo mismo podíamos decir de los galenos y veterinarios La curia, representada por el señor Prior y coadjutores con teja y sotana, a los que acudíamos para besarle la mano cuando los encontrábamos en la calle, dejando un recuerdo muy grato en nuestros mayores, el párroco Don Rosendo y en mi memoria, Don Pedro, que paseaba a la Virgen, con Don Pedro Fernández, a la sazón, Juez de paz, me parece.

Una de las características de los habitantes de nuestro pueblo era sin duda la sobriedad en su más pura acepción, sometiéndose inteligentemente a las condiciones del medio, en donde la abundancia no era la norma, vigilando sabiamente sus economías y dando a sus hijos una educación, una herencia, convertida en diferentes profesiones, en lugar de los escasos bienes que en el futuro casi para nada les servirían, dado lo menguado de sus patrimonios en relación con el número de herederos. Naturalmente que había excepciones, pero la norma es la apuntada y la sobriedad no era obstáculo para gastar en cada circunstancia lo que ésta requería, llevándose el forastero el mejor recuerdo de su visita a nuestro lugar.

La vida social en aquellos tiempos era escasa, más para las mujeres que para los hombres, disponiendo éstos de lugares de esparcimiento como las tabernas, bares y los casinos, que como en tantas cosas, eran dos en Cabra: Dos médicos, dos veterinarios, dos maestros, dos maestras, dos estancos, dos serenos,

dos carreteras, dos fábricas de aceite, dos de harina-pan, dos lavaderos, dos ‘pueblos,’ el de ‘arriba’ y el de ‘abajo’; dos fuentes, llamadas de arriba y abajo, aunque hubiera más; dos posadas, dos carreteros, dos cofradías del Santo Cristo, dos bares propiamente dichos: Caro y Sandoval; dos municipales, y en su tiempo, dos iglesias: Parroquia y Santa Ana. Más dos confiterías, dos de chocolate, dos servicios de autobús a Jaén.

Las mujeres, fuera de la iglesia, tenían poco contacto con sus congéneres, embebidas en los quehaceres del hogar, dirigiendo la casa, cambiando el horizonte cuando llegaba la costurera a arreglar prendas o a hacerlas allí mismo, a golpe de máquina de coser y probar y ajustar vestidos. Yo creo que lo pasaban bien al romper con la rutina de cada día, dejando las visitas para la noche cuando no había costura, que también era escasas, reduciéndose por lo general a la familia o dar el pésame a alguna amiga, cambiando su vida como la de todos, con la aparición de la radio, oyendo los famosos seriales que hacían más corta la velada. También ir al teatro cuando lo había, bien por aficionados o por cómicos profesionales, notándose su presencia, pues entre los méritos de nuestro pueblo, está su afición a este bello arte, el más antiguo de todos, exponente de sensibilidad y cultura.

En las grandes fiestas las amas de casa echaban el resto, preparando menús especiales y la repostería propia de los días que se aproximaban, y no digamos cuando llegaba la matanza, por aquello del testamento (tripas incluidas), y de la cata de la masa de los diferentes embutidos, atendiendo a las matanceras, con la casa revuelta y fuerte olor a cebolla sobre todo el primer día, el del condumio morcillero, cuando los niños desde la ventana del comedor que daba al patio y tras los cristales, observábamos horrorizados el cruel sacrificio del cerdo, mientras bromeaban los matarifes y las matanceras, éstas con sus mandiles de rayas, como sacados de un coro de zarzuela y se colgaba a la víctima para abrirlo en canal y sacarle el mondongo. Al día siguiente, el despiece: jamones, paletillas, espinazo y demás .Y el tocino, para la olla., cuya venta se hacía en la Cruz por los que se dedicaban a comercial con él, subastándolo, exponiendo los lienzos en la escalinata.

El día de San Juan, era muy celebrado por estar a las puertas de las faenas de la recolección: la siega de la cebada, con los jornaleros vestidos de domingo, lo mismo que el de Santiago, también de holganza para los trabajadores del campo. Un descanso en las faenas propias del verano, con los segadores sonando las caracolas al aproximarse al pueblo para anunciar su llegada, y que en ese día festivo, los veríamos en la plaza o alrededor de la Cruz, con sus rostros morenos y camisas blancas de tirilla, consumir cañamones, garbanzos tostados, avellanas... o camarones de la isla, mientras el barquillero, los alfajores de Filomena, los helados granizados de Isabel y el de los bollitos tiernos, hacían las delicias de la chiquillería y también de los adultos. La misma estampa se repetiría en la festividad de la Virgen de Agosto, dedicada como las anteriores a descansar de las duras faenas del verano. Otras festividades, además de las fiestas de San Miguel, las de la Purísima, Navidades, San Sebastián, y Corpus, se elegían para estrenar y vestirse de majo, circunstancia que era advertida por las amistades con la ‘ceremonia’ de pasarle el dedo húmedo por el traje como un gesto de simpatía y de buen augurio, lo que ‘obligaba’ al amigo a invitarlos por

tan fausto motivo. Otro día de estreno, era el de Año Nuevo y el de la onomástica. El día de los Santos, para ponerse los abrigos por primera vez aunque antes cayeran chuzos de punta o ese día hiciera 'calor'. Por esta festividad, se recogían los últimos frutos del campo: membrillos, uvas, granadas, y se empezaba a consumir batatas y boniatos. Las gamboas, los pimientos de asar y la aparición de las castañas. Las conservas caseras y la colación en la noche de ese *día* con luces de mariposas y velas en recuerdo de los difuntos: La noche triste del alma, que diría el poeta: La de las ánimas. Y ya estamos en la recta que nos conduce a la Concebida y Pascuas: Las fiestas más alegres de las religiosas con Portal de Belén, villancicos y aguinaldos; turrone y mantecados. Veladas entrañables y ambiente rebosante de paz y simpatía. Misa del gallo con zambombas, Noche Vieja, bailes, 'los años,' Año Nuevo y vida vieja... No era fácil cambiar de un día para otro; cerrando el cielo navideño con la festividad de los Reyes Magos; antes con juguetes, y de mayores, con bailes, torpemente llevados por algunos varones, en cuya nómina me incluyo, y con brillantez por nuestras amigas, que como tantas mujeres, ya nacieron con los pasos aprendidos. A estas festividades, acudían gentes de otros lugares: Larva, La Moraleda o Huelma a 'buscar novia,' y los cortijeros, cuyas mujeres viajaban sobre una caballería armada de 'jamugas' para su seguridad y comodidad.

Todas las fiestas en aquellos tiempos, eran más celebradas, en el sentido, que se acogían con más deseos que ahora, que lo son casi todos los días, en los que se bebe y goza como en los festivos, por aquello del progreso y del bienestar social.